LIBRO dot.com

Recuerdos de un vecino de Buenos Aires durante mayo de 1810

Tomás Guido

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

LINEA DIVISORIA ENTRE CRIOLLOS Y PENINSULARES

La preponderancia que adquirió el regimiento de Patricios de Buenos Aires, el 1° de enero de 1809, sobre los tercios españoles, bajo la dirección de don Martín de Álzaga, decididos a deponer al pueblo de Buenos Aires la existencia de un poder que hasta entonces no había tenido ocasión de ensayar, y la autoridad del virrey vino a quedar bajo la única salvaguarda de los batallones nacionales.

Resuelto así el tema que pendiera de este hecho, empezaron a trabajar más desahogadamente, aunque en reuniones secretas, los pocos ciudadanos preocupados de la idea grandiosa de la emancipación de su patria. La casa del señor Vieytes en la calle Venezuela, y la de don Nicolás Rodríguez Peña, en la calle piedad tras de la iglesia de San Miguel, servían frecuentemente de punto de reunión de los iniciados en el pensamiento de formar un gobierno independiente de la antigua metrópoli. Se inventaban excursiones al campo y partidas de caza para disfrazar el verdadero intento de este figurado pasatiempo.

Los concurrentes a esos memorables paseos, apenas se encontraban reunidos, sea bajo de los árboles ó al abrigo de una choza campestre, se ocupaban exclusivamente de combinar los medios de llevar a buen término la obra de sus sueños y de sus esperanzas.

"El pueblo, decían ellos, no está preparado para un cambio violento en la administración. La masa de los proletariados que constituye la fuerza de la provincia, consagra una especie de culto al general Liniers, en quien no ven el odioso instrumento del absolutismo peninsular, sino al libertador de Buenos Aires, al triunfador de la última invasión extranjera; atacar esta autoridad, sería concitar contra nosotros una fuerza invencible".

No carecían tampoco del sentimiento de la gratitud, los hombres generosos dedicados a la libertad de su patria. En sus combinaciones íntimas, en sus expansiones recíprocas, no asomó jamás, ni el rencor, ni la ambición, ni la venganza. Una sola pasión les dominaba: la de la independencia de su país; y a ella sacrificaban sin reserva su vida y su fortuna.

Pero ¿cómo procurarse prosélitos para derribar el poder español, sin aventurar el sigilo, y arriesgar sin fruto la propia existencia de los confabulados, una vez que llegase a descubrirse por la autoridad el designio secreto de sus trabajos? ¿Cómo iniciar en el misterio al corones don Cornelio Saavedra, jefe del regimiento de Patricios, sin cuyo concurso fuera inútil y temeraria toda tentativa cuando tenía de su parte el favor de Liniers y cuando blasonaba de su lealtad probada, sosteniéndole contra las intrigas de los españoles?

La desacordada política de la corte de España se encargó de sacar a los patriotas de este amargo conflicto. El general Liniers, de origen francés, denunciado subrepticiamente a la corte por el cabildo de Buenos Aires, como conivente con el emperador de los franceses, y acusado de haberse entendido con su comisario imperial, para traicionar la causa del rey, fue depuesto súbitamente y sustituido del mando del virreynato por el general de marina don Baltazar Hidalgo de Cisneros. Esta medida inconsiderada del gobierno de España vino a satisfacer de cierto modo a los magnates españoles, derrotados en la asonada del 1º de enero, pero descontentó al mismo tiempo a los Patricios, lastimó su lealtad, y desairó a los que fieles

a sus deberes militares, habían sostenido al virrey, atacados por aquellos mismos a quienes más importaba la conservación de la autoridad peninsular.

Por otra parte la vida entera del general Liniers, sus eminentes servicios a la corona de España, su índole caballeresca y noble, protestaban contra la calumnia de que era víctima, y despertaba en los hijos del país, aversiones y desprecio a los instigadores y sostenedores de una intriga. El mismo gobierno español tan débil para contemporizar en América, con las preocupaciones bastardas de los enemigos de su fiel servidor, hubo de limitarse empero, á exonerar al virrey sin destituirlo de su rango en la marina de guerra.

Demarcóse, pues, fácilmente la línea divisora entre los naturales y los españoles, siquiera no fuese para la generalidad sino el resultado de rivalidades locales, no habiendo aun cundido entre el pueblo las ideas que agitaban a los promovedores de la revolución de Mayo. De un lado está el número y la confianza en las propias fuerzas: del otro lado los peninsulares enardecidos contra el agresor de la España, y engreídos de la aquiescencia de la metrópoli a un cambio personal en la administración del virreynato.

PROGRESOS DEL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO

No escapó esta circunstancia feliz a los que velaban por aprovechar todos los elementos favorables á su grande empresa. Con menos recelos se aproximaron entonces a los jefes de los cívicos, para tentar su ánimo, explotando su resentimiento contra los que, no habiendo podido triunfar a mano armada, habían socavado por manejos sombríos el prestigio de los Patricios. Ninguno de aquellos jefes negó su simpatía a la reacción premeditada.

Con habilidad y cautela se predisponía el ánimo de los ciudadanos a favor del derecho inconcuso de América para cuidar de su propia suerte, desde que la prisión del rey y la ocupación de la península por tropas francesas, había desquiciado la máquina gubernativa y dejando a los pueblos a merced de sus propios instintos. La España había dado el ejemplo erigiendo sus juntas y proclamando en la mayor parte de sus provincias una especie de soberanía independiente, hasta que se instaló la junta central, cuya legitimidad, sin embargo, fue disputada y contrariada por algunas de las secciones de la misma España.

A nombre de esa junta de representantes del rey cautivo, se presentó en Buenos Aires el virrey Cisneros, haciéndose preceder del general Nieto como delegado, mientras él se desembarazaba de algunas atenciones en la Banda Oriental.

Faltaban a Nieto todas las condiciones para fijar una situación, y mucho menos para detener ó neutralizar el progreso de la propaganda de las nuevas ideas presentadas por las doctrinas de la prensa española.

El general Nieto, de inteligencia estrecha, fascinado por los errores de consejeros apasionados y meramente agente transitorio de la política de España, alarmado también por falsas ó exageradas denuncias, puso en movimiento los resortes de una política inhábil más a propósito para enajenar partidarios que por alcanzar por tales medios la afección del pueblo.

El virrey Cisneros no tardó en subrogar á Nieto y posesionarse del mando. Su delegado marchó al Perú con órdenes de sofocar por las armas la explosión generosa de los patriotas de Chuquisaca en el año anterior. El período de la administración hubiera sido ventajoso a su

casa si las preocupaciones graves en que le traían la política y la guerra, no le hubieran desviado de la moderación, y calma con que empezó su gobierno. Hízose entender al virrey que se fraguaba una conspiración, a que estaba afiliado don Juan Martín de Pueyrredón, reputado entre los españoles por partidario acérrimo de la independencia. Decretóse su prisión y transporte a España. Desde entonces ningún patriota se consideró seguro. Para que se forme idea de la impresión que produjo la conducta del virrey, bueno será recordar la importancia del personaje sobre el cual habían recaído sus sospechas. La popularidad de aquel distinguido argentino venía desde su intrépida decisión a levantar un cuerpo de caballería para concurrir con él a la reconquista de su ciudad natal, sorprendida en 1806 por una división británica. Además de eso sus maneras afables y su gentil porte dábanle un ascendiente entre sus patriotas, que Cisneros, por inspiración propia o ajena, creyó deber cortar enviándole a España bajo partida de registro.

Y aquí es el caso de narrar un acontecimiento que a la par de una grande acción, revela juntamente los progresos del espíritu revolucionario, que en vano se pretendía ahogar en germen. Apenas circuló la noticia de hallarse preso Pueyrredón en el cuartel de Patricios su hermana doña Juana Pueyrredón de Sáenz Valiente, matrona de altas prendas, se le presentó a las guardas que le custodiaba, y que con la elocuencia del alma, y con palabra fácil é insinuante, rodeada de oficiales y soldados, increpóles de servir de instrumentos de la tiranía contra un paisano, sin otro crimen que su entusiasmo por la libertad de su patria. "Consentiréis - les dijo - que se sacrificado vuestro compatriota y amigo por la cruel injusticia de un gobernante? ¿Consentiréis que sea expulsado de su país, tal vez para siempre, sin hacerle un cargo, sin oírle y sin juzgarle? ¡No, Patricios! ¡Dejad que huya mi hermano, si no queréis haceros cómplice de una iniquidad que amenguaría vuestra fama!"

La tropa escuchaba silenciosa éstas y otras razones; los oficiales hablábanse en secreto, fijando la vista llenos de admiración y de respeto en aquella ilustre Argentina. En sus semblantes traslucían fácilmente la impresión del espíritu y su resolución tomada de libertar al prisionero. Dos horas después de esta escena, evadíase el comandante Pueyrredón por una de las ventanas del cuartel, sin ser detenido por ningún centinela. La amistad se encargó enseguida de ofrecerle un refugio. Cúpole al señor horma esta noble misión.

Los patriotas que acechaban todas las circunstancias que pudiesen favorecer sus intentos, apresuráronse a sacar partido de estos incidentes. Las simpatías por la desgracia subían a punto de que se exagerasen las violencias del mandón español, y la opinión de los naturales se predisponía gradualmente contra un orden de cosas que empezaba a irritarse.

REUNIONES DE LOS JEFES REVOLUCIONARIOS.

Entretanto el puñado de patriotas que habían tomado a su cargo dirigir la revolución, reuníase frecuentemente en los parajes que llevo mencionados. Es tiempo ya de indicar aquí los nombres de los más insignes de aquellos varones fuertes, nombres para siempre venerables, que no escribe mi pluma jamás sin que mi memoria se ilumine a la luz de su gloria y sus recuerdos, sin que mi corazón les tribute su homenaje más puro de reconocimiento, de admiración y de afecto.

Los principales son: D. Nicolás Rodríguez peña, D. Manuel Belgrano, D. Juan José Paso, D. Miguel Irigoyen. D. Francisco Paso, D. Hipólito Vieytes, D. Agustín Donado, D. Antonio Luis Beruti y otros argentinos de feliz recordación. Discutíase en la reunión de estos ilustres

patriotas la cuestión de oportunidad de una revolución, cuando fui presentado y recomendado a ellos por el Dr. D. José Darregueira, su confidente íntimo y muy digno colaborador. Decíase a la sazón: "cuando el monarca español ha abdicado su corona y todos los derechos dinásticos en la persona de un príncipe extranjero; cuándo el territorio español se halla invadido de tropas vencedoras, y cuando apenas la ciudad de Cádiz ha quedado como refugio de los infortunados españoles, ¿debemos permanecer sometidos a la voluntad de un mandón irresponsable después de caducado el poder de que emanó su voluntad? ¿Permaneceremos a merced de la fortuna de la guerra, resignados a pasar de colonos de España a colonos del imperio francés? ¿Nuestros derechos naturales y políticos no nos autorizan a lo menos a imitar ni aun a la última de las provincias de España, que en la conflagración común de la monarquía, se ha organizado separadamente? ¿Será delito en nosotros practicar en resguardo de nuestros derechos, lo que se aplaudiría en el último ángulo de España?..."

No era posible vacilar sobre el partido señalado por los sucesos, sin estar privado de sentido común. La hora ha sonado, dijeron todos de tomar a nuestro cargo nuestro destino. La providencia que rige los imperios, ha predispuesto los acontecimientos de manera, que la separación del nuevo mundo venga a ser la obra de la generación presente. ¿Nos faltará valor para obedecer a su voz y para lanzarnos al sacrificio que la patria exige de nosotros? ¡Quién dudará de la resolución de aquellos hombres eminentes!

Su deber era arrostrar todos los peligros, allanar todos los obstáculos para llegar al término deseado y lo cumplieron con firmeza y denuedo. En ésta y otras reuniones semejantes la fe y el entusiasmo se mezclaban en todos los discursos. Ninguno titubeaba: - contábanse a menudo y reconocían su importancia para resistir a un golpe de una autoridad alarmada ya. Pero a la presencia de su patria esclava se retemplaba el ánimo de todos, fiados en la excelencia de su causa y la cooperación de sus conciudadanos, cuando llegase el momento de invocar su aprobación.

Adolescente aun, apenas salido del colegio, sentía latir mi corazón de gozo al escuchar por primera vez la expresión calurosa de los autores de la independencia y libertad de mi país. Sentía ir borrándose una en una las impresiones de la educación doméstica y escolar, amoldada a las prácticas de un dominio inveterado y mi imaginación fascinada con las gratas ilusiones de la primera edad, se transportaba llena de esperanza a la república de Platón.

Mientras corrían así las cosas, flaqueaba y empalidecía la autoridad del virrey y la de la audiencia, a medida que se debilitaba la metrópoli con los reveses de su heroica lucha contra el conquistador francés. No obstante, los hábitos del coloniaje, la influencia de los magistrados peninsulares, las poderosas relaciones mercantiles y políticas con España, el gran número de empleados españoles, una extensa población del mismo origen ciegamente orgullosa de su dominio tradicional, la veneración supersticiosa del monarca, la indiferencia o inercia inseparables en los naturales de una servidumbre secular y por último, dos cuerpos de línea del Fijo y de Dragones, levantaban una barrera al parecer insuperable, para un círculo pequeño de hombres, que, si bien animosos, apenas contaban con el apoyo de una parte de la fuerza armada.

Sin embargo entrábase en relaciones con los jefes. D. Cornelio Saavedra, D. Eustaquio Díaz Vélez, hoy benemérito general de la República; el comandante don Esteban Romero, D. Feliciano Chiclana, y otros de menos graduación. Catequizábanse individuos de diversas clases; consultábase secretamente algunos miembros del alto clero, cuyo sufragio fue siempre

propicio a nuestras libertades, y procurábase el mayor número de adictos para exigir por un movimiento imponente un cambio en la administración y una junta de gobierno, por voto popular.
¿Impondríase por programa de cambio proyectado la declaración inmediata de la independencia del territorio del virreinato? ¿Convendría desafiar las preocupaciones y los intereses compactos, de una oposición fundada en la conciencia de los unos y en la conveniencia de los otros? Por íntimo que fuese este deseo en los promotores de la resolución, ninguno tuvo por sensatez la idea de una separación absoluta. Se convino aplazar un hecho que la vista menos perspicaz divisaba en el horizonte, y se acordó promover la instalación de una junta que gobernase al virreinato en nombre de Fernando VII, los votos profundos de los autores de la revolución no quedaron cumplidos sino el 9 de julio de 1816, con la solemne declaración de la independencia nacional.

Afortunadamente los talentos del Dr. Castelli fueron llamados a consejo de virrey en distintas ocasiones habiendo en ellas cautivádose su estima. Este jurisconsulto consumado, patriota entusiasta, consiguió persuadirle de la necesidad de atemperar a la opinión creciente de la población entreteniendo su esperanza con la perspectiva de un nuevo orden de cosas, que afianzaría los vínculos del virreinato con la metrópoli española.

Un acto de energía del virrey hubiera podido frustrar por entonces, toda y cualquiera alteración. Llegábanle noticias frecuentes de los amaños empleados para conmover la población. Indicábase el taller donde se complotaban los patriotas y nombrábansele no pocos de ellos. Faltole valor para un golpe de mano para que le autorizaban todas las circunstancias, y dejó correr los acontecimientos sin previsión de sus alcances.

EL CABILDO ABIERTO DEL 22 DE MAYO

Amaneció por fin el 22 de mayo de 1810 y la campana del Cabildo y una citación especial a vecinos notables convocaban al pueblo para resolver sobre su suerte, en medio de la agitación excitada por los fautores de la revolución. La multitud atraída más bien por la curiosidad, que por la tendencia a innovaciones que no comprendía, servía grandemente a los agentes revolucionarios, para imponer con su presencia, al propio tiempo que seguidos de corta clientela trataban de excitársela con sus instigadores.

En la tarde del mismo día fue publicado por bando el acuerdo clasificado de popular, proclamando una junta gubernativa compuesta del virrey Cisneros presidente, y de los Sres. Saavedra, Castelli, Sola e Inchaurregui.

El pueblo pareció satisfecho de esta elección y los españoles se felicitaban de haber salvado del peligro de un trastorno fundamental viendo triunfante la autoridad del virrey. Muy diferente sensación produjo tan inesperado desenlace en el club reunido a las ocho de la noche en casa del Sr. Peña. Allí se analizó el carácter de los elegidos; se descubrió el origen de la candidatura de Cisneros; se reconoció por unanimidad que dos de los miembros de carácter ascético y tímido, se plegaría sin violencia a la política del presidente y hasta llegó a dudarse de la firmeza del corones Saavedra, bajo la presión e influjo de un jefe superior. Contábase solamente con la persona del Dr. Castelli: pero ninguno de sus amigos descubiertos como conspiradores, se reputo seguro continuando en el mando el general Cisneros.

Librodot

Era pues necesario deshacer lo hecho, convocar nuevamente al pueblo, y obtener del Cabildo se prestase a considerar ante otra reunión popular la sanción de la víspera.

Pasóse parte de la noche en deliberar y ponerse de acuerdo con los jefes de patricios y otros cuerpos de la guarnición y con los jefes que llevaron la voz el 22 en la plaza de la Victoria y en las galerías del Cabildo. A todos estos trabajos andaba noblemente asociado el Dr. D. Manuel Moreno, uno de los pocos patriotas que restan de aquellos tiempos de perdurable recuerdo. Los honrados ciudadanos, French, Cardoso y otros de menos nota, bien que muy dignos de alabanza; los comandantes militares, el honrado benemérito D. Feliciano de Chiclana, Romero y Díaz Vélez, contribuyeron eficazmente por su ardor patriótico, por su firmeza y perseverancia al mejor éxito de la jornada. Cada uno de ellos reunió a los suyos entre los oficiales subalternos de la guarnición, hallaron la cooperación más enérgica, circunstancia que no se debe olvidar, pues es un timbre honroso para la gallarda juventud entonces dada al ejército de las armas.

Entre esos militares distinguíase el hoy brigadier general D. Enrique Martínez, a quien entonces como en el curso de la revolución debió su patria señalados servicios.

Asegurado el club de la aquiescencia y del apoyo prometido, llamose al Dr. Castelli para inducirlo a informar al virrey de la agitación pública, y del peligro del tumulto si no se consultaba otra vez en Cabildo abierto al pueblo, descontento con las elecciones del 24. Castelli explanó las dificultades de este encargo; y procuró aquietar los ánimos, esperando en la influencia saludable de su persona sobre los complotados. Pero su raciocinio desmayó ante la resolución del club de obtener a todo trance un cambio, y acabó prometiendo que se entendería con el presidente Cisneros.

Al mismo tiempo se enviaba emisarios en todas direcciones; y a las doce de la noche, una comisión de club a la que acompañé, se encaminó a la casa de síndico procurador del cabildo. Dr. Leiva, tocándome presenciar el diálogo que muy luego se entabló entre los enviados y el respetable anciano.

El procurador saltando de su cama acudió a los golpes dados a la ventana de su habitación, y abriéndola oyó la notificación de la voluntad de los patriotas, hecha en el lenguaje de una intimación perentoria. La prudencia y la circunspección del Dr. Leiva, no podrían reconciliarse llanamente con la iniciativa a otro llamamiento del pueblo para destruir lo que pocas horas antes se había sancionado con su beneplácito. Luchaban en él notoriamente sus sentimientos patrióticos y la responsabilidad de sus deberes oficiales. Negose a la solicitud. Vencido empero por reflexiones calurosas, ofreció en fin que invitaría al cabildo a convocar al pueblo una vez más.

Era ya la alta noche, cuando se tuvo la certeza de la citación a un nuevo cabildo popular, y la probabilidad de una nueva elección en la mañana siguiente, de acuerdo con los intereses del pueblo. Pero ¿quiénes serían los candidatos de la nueva junta? Quienes satisfarían las mitas de aquellos hombres generosos, empeñados con rectitud de espíritu en fundar un gobierno ilustrado y patriota? Ninguno de los asociados se prestaba a ocupar puestos públicos. El desinterés de los pudientes, llevado hasta la prodigalidad de su fortuna, en servicio de la causa que abrazaron de corazón, se había concertado en una religión común. Ninguno de ellos ambicionaba más que la ventura de la patria.

Librodot

En tal perplejidad redactaron varias listas, en que se leía uno a uno nombres aceptables; pero nadie completaba el número previsto para integrar la junta. Ansiábase pues por salir de unas vacilaciones que podrían ser funestas, si la elección caería en personas discordes con el fin de la revolución.

Se aproximaba el alba sin que aún se hubiese convenido sobre los elegibles. Hubo un momento en que se desesperó de encontrarlos. ¡Gran zozobra y desconsuelo para los congregados en ese gran complot de donde nació la libertad de la República! La situación cada vez presentaba un aspecto más siniestro. En estas circunstancias el Sr. D. Manuel Belgrano, mayor del regimiento de Patricios, que vestido de uniforme escuchaba la discusión en la sala contigua, reclinado en un sofá, casi postrado por largas vigilias observando la indecisión de sus amigos, púsose de pié y súbitamente y a paso acelerado y con el rostro encendido por el fuego de su sangre generosa, entró en la sala del club (el comedor de la casa del Sr. Peña) y lanzando una mirada altiva en rededor de sí, y poniendo la mano derecha sobre la cruz de su espada: "¡Juro, dijo, a la patria, y a mis compañeros, que si a las tres de la tarde del día inmediato el virrey no hubiese sido derrocado; á fe de caballero, yo le derribaré con mis armas!"

Profunda sensación causó en los circundantes, tan valiente y sincera resolución. Las palabras del noble Belgrano fueron acogidas con fervoroso aplauso.

Desde luego volvieron todos á ocuparse de los candidatos, y cuando parecía agotada la esperanza de poderse concretar, D. Antonio Luis Beruti, pidió se le pasase papel y tintero, y como inspirado de lo alto, trazó sin trepitar los nombres de los miembros que compusieron la primera junta. Enseguida leyendo la lista por él confeccionada, dirigióse a sus colegas diciéndoles: "He ahí, señores, los nombres de que necesitamos". La aprobación y el contento de los asociados no pudo ser más unánime. Todos demostraban un grato asombro por el acierto de la elección propuesta por el Sr. Beruti. Era éste un empleado antiguo y probo de la contaduría del tesoro, fogoso proclamador de los principios liberales, y uno de los agentes más activos de la libertad de su país.

EL 25 DE MAYO

Aceptada la lista de este ciudadano, mandóse circular rápidamente entre los llamados á cooperar para su triunfo. En la mañana del 25 de mayo la campana del Cabildo llamaba al pueblo, y la municipalidad citaba los notables para su salón de despacho. Los ciudadanos de todas condiciones acudían de tropel atraídos por la novedad. Las tropas permanecían en sus cuarteles y los invitados tomaban asiento en la sala capitular. El alcalde de primer voto anunció a los espectadores el objeto de aquel llamamiento. Se entablaron debates animados entre los adictos del antiguo régimen y entre los propugnadores de la revolución. El pueblo aguardaba impaciente, no pocas veces fue interrumpida la grave sesión por la vocería popular animada por tribunos ardientes. La multitud no abandonó la plaza, corredores, aposentos del antiguo cabildo, sino cuando se anunció el acuerdo, y se proclamó la nueva junta.

A la tres de la tarde un bando solemne, publicaba el acuerdo del cabildo abierto, instalando una nueva junta gubernativa en nombre de don Fernando VII, compuesta de los preclaros ciudadanos citados a continuación:

Presidente: D. Cornelio Saavedra.

Vocales: los señores Azcuénaga, Castelli, Belgrano, Larrea, Matheu y Alberti.

Se habían cumplido los votos de los verdaderos patriotas. El destino futuro de la patria pendía de la capacidad y virtudes de los elegidos del pueblo. A estos denodados campeones incumbía la difícil tarea de encaminar la opinión pública hacia el sagrado fin promovido por un puñado de ciudadanos intrépidos.

A la primera junta tocaba el deber de descorrer el velo de la política opresora de la Metrópoli europea; y de despertar el espíritu de independencia en una población aletargada por el abatimiento congenial a los pueblos despotizados por tres centurias. A ella incumbía la tarea de propagar los primeros elementos de los derechos sociales y políticos ignorados para la mayoría de los colonos, y echar los fundamentos de una futura nación.

Para tan intrincada labor no bastaban intenciones puras, patriotismo exaltado y aventajada ilustración, era necesario el auxilio de las inspiraciones del genio elevado a la altura de las necesidades y peligros de la época.

La Junta eligió para sus secretarios á los eminentes jurisconsultos D. Mariano Moreno y don Juan José Paso. El primero encargado del departamento de gobierno, el segundo de hacienda, ambos nombres simpáticos a los promotores de la revolución, ambos ciudadanos eruditos y dignos de la confianza popular. Pero estaba reservado al Dr. Moreno simbolizar en su persona el espíritu de una grande regeneración. Elocuente como Mirabeau, ardiente como Camilio Desmoulins, republicano como Junio Bruto, gozaba de una facilidad sorprendente para la expedición de los negocios de la administración. Su vasta inteligencia abrazaba todas las peripecias de una situación erizada de dificultades. Luz del gabinete, aclaraba todas las dudas y formulaba sin excitación las más atrevidas reformas.

La prensa bajo la dirección de su sobresaliente talento y copiosa instrucción derramaba profusamente principios y nociones elementales sobre todo los ramos a que los pueblos de América eran llamados a intervenir al desligarse del dominio español. Obrero infatigable en la organización; familiar con la historia de los tiempos modernos y enriquecido con la filosofía de los antiguos, comprendió su misión sublime y con firmeza incontrastable arrostró las preocupaciones, atacó los abusos, y asentó las bases de la República Argentina.

Para ventura de la Patria la Junta encerraba en su seno altas inteligencias, y las concepciones felices de su ministerio, hallaban en ella casi siempre ilustrados intérpretes y un acuerdo perfecto de sentimientos.

La Junta iniciaba a la vez otros importantes trabajos administrativos y del concurso mutuo de vidas y de voluntades levantábase la formidable potencia a cuyo impulso fueron derrotados los ejércitos alzados contra ella fuera de la provincia, deshechas las conjuraciones, vencidas todas las resistencias, y fundada la República. ¡Oh! Si esa santa unidad no hubiese sido turbada en los días críticos por las arterias de la envidia, de la ambición y la ignorancia.

Graben los argentinos en el corazón y en su memoria los preclaros nombres de los autores y fundadores de la independencia de la patria, y pase su recuerdo imperecedero de generación en generación bajo las bendiciones de la República, de del respeto que les tributa la historia.

Montevideo, Mayo de 1855.

Librodot